



MALCOLM X

UNA
AUTOBIOGRAFÍA
CONTADA POR
ALEX HALEY

Capitán Swing®

PRESENTACIÓN

M. S. Handler[1]

El domingo antes de anunciar oficialmente la ruptura con Elijah Muhammad, Malcolm X vino a mi casa para entregarme determinada documentación y comentar los planes que había trazado.

La señora Handler no había visto nunca a Malcolm antes de aquella visita decisiva. Nos sirvió café con galletitas y lo observó mientras él hablaba con esos modales corteses y finos tan característicos cuando se encontraba en la intimidad. Me di cuenta de que ella había quedado impresionada pues, en efecto, la personalidad de Malcolm llenaba la sala de estar de nuestro hogar.

La actitud de Malcolm era la del hombre que ha llegado a una encrucijada en la vida y que debe tomar una decisión sometido a una compulsión interna. De vez en cuando, le iluminaba el semblante una sonrisa ansiosa, que decía muchas cosas. Me sentía incómodo porque resultaba evidente que Malcolm procuraba decir algo que el orgullo y la dignidad le impedían expresar. Percibí que Malcolm no estaba seguro de si podría escapar del mundo sombrío que lo había mantenido esclavizado.

La señora Handler se quedó tranquila y pensativa des-

pués de la partida de Malcolm. Al cabo de un rato, alzó la vista de repente y me hizo la siguiente observación:

—Tengo la impresión de haber estado tomando el té con una pantera negra.

La descripción me sobresaltó. En efecto, la pantera negra es un aristócrata del reino animal. Es una bestia hermosa y también peligrosa. Malcolm X tenía el porte y la confianza intrínseca propios del aristócrata de nacimiento. Era asimismo potencialmente peligroso. Ninguna figura de la época había engendrado como él tanto miedo y tanto odio en el hombre blanco, que veía en Malcolm un enemigo implacable que no se vendía a ningún precio, un hombre entregado sin reserva alguna a la causa de la liberación del hombre negro del yugo impuesto por la sociedad norteamericana y que rechazaba la idea de integrarlo en ella.

El primer encuentro que sostuve con Malcolm X se llevó a cabo en el mes de marzo de 1963 en el restaurante musulmán del Templo Número Siete, sito en la avenida Lenox. Por encargo del *New York Times* había emprendido una investigación acerca de las presiones que se acumulaban en el seno de la colectividad negra. Treinta años de trabajo periodístico en Europa occidental y en la oriental me habían enseñado que las fuerzas motrices de la lucha social, si bien permanecen ocultas bajo la superficie visible, se manifiestan de múltiples maneras antes de estallar. Dichas fuerzas se expresan por medio del poder de las ideas mucho antes de plasmarse en formas orgánicas que puedan desafiar abiertamente el orden social establecido. Es preciso reconocer el mérito que corresponde a los sociólogos y a los especialistas en ciencias políticas europeos por la gran importancia que confieren a la fuerza de las ideas en la lucha social. En Estados Unidos, por el contrario, se comete el error de juzgar las fuerzas que siembran la semilla de la agitación social según el criterio del poderío numérico de los organismos políticos que propalan esas ideas y de la publicidad de que gozan los líderes de los mismos.

Para estudiar las presiones que se acumulaban en el seno de la colectividad negra, tuve que averiguar no sólo cuáles eran las opiniones de los jefes del movimiento pro derechos civiles, sino también las de quienes trabajaban en la penumbra de dicho movimiento, los «clandestinos», por así decirlo. Por eso decidí entrevistarme con Malcolm X, cuyas ideas habían llegado hasta mí por el conducto de los negros partidarios de la integración en la sociedad norteamericana. Las ideas de esas otras figuras ya reflejaban posiciones de nacionalismo negro en avanzado estado de maduración.

Mientras esperaba a Malcolm en el restaurante, no sabía con qué iba a encontrarme. Yo era la única persona blanca en el establecimiento, un local immaculado servido por negros apuestos, de carácter melancólico y no muy expresivos que digamos. En los relucientes espejos había pegados letreros que anunciaban «Se prohíbe fumar». Pedí un café y me dispuse a esperar. Me sentía incómodo en aquel local donde reinaba una atmósfera aséptica y silenciosa. Al final, llegó Malcolm. Era un hombre atractivo, muy alto y de porte impresionante. Tenía la piel del color del bronce.

Me levanté y extendí la mano para saludarlo. La mano de Malcolm se acercó lentamente. Tuve la impresión de que le resultaba difícil estrecharme la mano, pero, *noblesse oblige*, lo hizo. Entonces Malcolm hizo algo curioso que repetiría más tarde cada vez que nos encontrábamos en público en un restaurante de Nueva York: me preguntó si no tenía inconveniente en que se sentara mirando a la puerta. Varias veces me habían efectuado peticiones similares en las capitales de la Europa oriental. Malcolm era una persona que estaba siempre alerta y quería ver a todo aquel que entrase en el restaurante. Comprendí al instante que iba siempre acompañado del peligro.

Hablamos durante más de tres horas en ese primer encuentro. Las opiniones de Malcolm acerca del hombre blanco eran aplastantes, pero en ningún momento cometió

transgresión alguna contra mi propia personalidad de modo que yo —individuo— me sintiese también culpable. Malcolm atribuía al hombre blanco la degradación que sufría el pueblo negro. Se oponía a la integración y denunciaba que era un fraude. Afirmaba que si persistían en ello los jefes del movimiento pro derechos civiles, la lucha social acabaría en derramamiento de sangre, porque tenía la certeza de que el hombre blanco nunca concedería la integración plena. En consecuencia, la posición de los musulmanes negros en favor de la separación —sostenía— era la única solución posible por medio de la cual podría el negro obtener la propia identidad, fomentar su cultura y sentar los cimientos de una colectividad laboriosa y con sentido de la dignidad. Sin embargo, no indicó claramente dónde podría instaurarse el estado negro que preconizaba.

Malcolm se negaba a aceptar la imposibilidad de que el hombre blanco concediera a los negros el derecho de separarse de Estados Unidos. En aquella etapa de su carrera, afirmaba que la secesión era el único camino. De la misma forma que defendía el islam (pues, según él, era una religión que no reconocía los obstáculos del color), denunciaba el cristianismo, por ser ésta una religión concebida expresamente para los esclavos. Del clero negro opinaba que era la maldición inventada por el hombre blanco, del cual se aprovechaba para sus propios fines en vez de procurar la liberación del negro, y que, por otra parte, hacía de criada de la sociedad blanca, decidida a mantener a los negros en estado de sumisión.

Durante ese primer encuentro, Malcolm procuró ilustrarme igualmente acerca de la mentalidad del hombre negro. Repetidas veces me advirtió que tuviera cuidado con los negros que manifestaban su buena voluntad al hombre blanco. Dijo que, por una mera cuestión de supervivencia, el negro había aprendido a ocultar y disimular sus auténticos pensamientos. El negro dice al hombre blanco sólo aquello que cree que el hombre blanco desea oír. Por efec-

to de ese arte de la disimulación, se había llegado a un extremo en que ni siquiera los mismos negros eran capaces de decir verazmente aquello que pensaban sus propios hermanos. El arte de fingir que practicaba el negro se fundaba en el completo conocimiento de las costumbres del hombre blanco, me dijo. Al mismo tiempo, el negro siempre ha sido un libro cerrado para el blanco, quien nunca demostró ningún interés en comprender al negro.

La exposición que efectuó Malcolm de sus ideas sociales resultó clara y cuidadosa, aunque algo chocante para un blanco profano. Pero lo más desconcertante de nuestra conversación fue la fe que mostraba Malcolm en la historia de Elijah Muhammad acerca de los orígenes del hombre y en una teoría genética formulada expresamente para demostrar la superioridad del negro sobre el blanco, teoría que me dejó asombrado por su completa absurdidad.

Tras ese primer encuentro, me di cuenta de que había dos Malcolm: el hombre público y el hombre de la intimidad. Su aparición en la televisión y en los actos causaba un efecto realmente aterrador. Su implacable dominio de los hechos y la lógica que empleaba tenían algo de una nueva especie de dialéctica, que escondía una fuerza diabólica. Asustaba a los televidentes blancos y demolía a los opositores negros, pero encontraba notable acogida entre el público de su misma raza. Tanto es así que, finalmente, muchos de sus contrarios negros se negaron a aparecer junto a él en público. El preocupado público blanco quedaba confuso, molesto; se sentía amenazado. Algunos comenzaron a pensar que Malcolm era la misma encarnación del diablo.

Malcolm atraía especialmente a los elementos más dispares de la colectividad negra: las masas desposeídas y la constelación de escritores y artistas negros que habían surgido a lo largo de la década anterior. La burguesía negra — los negros «establecidos»— aborrecía y temía a Malcolm tanto como él la despreciaba.

Los negros pobres sentían por Malcolm X el mismo respeto que siente el niño díscolo por la imagen del abuelo. Pasearse con Malcolm por las calles de Harlem resultaba siempre una experiencia extraña y conmovedora. Todos lo conocían. La gente lo miraba con timidez. A veces, los niños le pedían un autógrafo. Me pareció que el afecto que sentían por Malcolm se inspiraba en el hecho de que, a pesar de haberse convertido en una figura nacional, no había dejado de ser un hombre del pueblo, que —así pensaban— nunca los traicionaría. Los negros han sido traicionados durante tanto tiempo que vieron en Malcolm un hombre predestinado. Conocían sus orígenes, con los que podían identificarse. Sabían de su vida de delincuente y de su paso por la cárcel, lo cual él nunca ocultaba. Miraban a Malcolm X con una especie de asombro. Aquél era un hombre que había ascendido desde los más bajos estratos, en los que ellos aún vivían; que había vencido a la ignorancia y a su condición de delincuente y que, por último, se había convertido en vigoroso caudillo y orador, un intransigente campeón de su pueblo.

Aunque muchos no podían compartir la fe de Malcolm en el mahometismo, veían en el puritanismo que practicaba una censura permanente de sus propias vidas. Malcolm se había deshecho de todos los males que afligían a las masas negras desposeídas: las drogas, el alcohol, el tabaco, por no hablar de las actividades delictivas. Su vida personal era impecable, de un puritanismo que resultaba inalcanzable para las masas. Malcolm había conseguido la redención del ser humano en su propia vida y eso era algo que todos los negros sabían.

En las apariciones en la televisión y en los actos públicos, Malcolm articulaba los infortunios y las aspiraciones de las masas negras desposeídas de una manera que éstas no podían hacer por sí solas. Cuando atacaba al hombre blanco, Malcolm hacía por los negros lo que ellos no podían hacer por sí mismos; los ataques de Malcolm eran violentos, con

una furia que evocaba siglos de opresión. Nada más lejos de esos simples ejercicios retóricos que consisten en mandar al diablo al hombre blanco.

Muchos escritores y artistas negros que hoy en día son figuras conocidas nacionalmente respetaron a Malcolm por la implacable honestidad con que defendió la causa negra, por su rechazo de las posiciones conciliadoras y por su búsqueda de la identidad colectiva que había sido destruida por el hombre blanco cuando los negros fueron capturados en África y llevados con cadenas a Estados Unidos. Para esos escritores y artistas, Malcolm era el gran catalizador, el hombre que inspiraba dignidad y devoción en los millones de oprimidos.

Un grupo de dichos artistas se reunió un domingo en mi casa para hablar de Malcolm. Me resultó emocionante ver la devoción que experimentaban por él.

—Malcolm nunca nos traicionará. Ya sufrimos muchas traiciones en el pasado —dijo uno de ellos.

La actitud de Malcolm hacia el hombre blanco registró una marcada variación en el año 1964, la cual contribuyó a que rompiera con Elijah Muhammad y las doctrinas racistas que éste profesaba. La meteórica irrupción de Malcolm en la palestra nacional trajo consigo más relación con hombres blancos que no resultaron los «demonios» que él pensaba. Malcolm era un conferenciante muy solicitado en las universidades de la región oriental de Estados Unidos; al concluir su breve carrera, ya había intervenido en muchas de ellas. Siempre hablaba con tono respetuoso y demostraba cierta sorpresa a causa de la acogida favorable que percibía en los estudiantes blancos que escuchaban la disertación.

El segundo factor que contribuyó a que se convirtiera a miras más amplias fueron las dudas cada vez más fuertes acerca de la autenticidad de la versión que de la religión musulmana ofrecía Elijah Muhammad, dudas que se volvieron certeza al adquirir más conocimientos y experiencia.

Habían llegado a su conocimiento determinadas prácticas

mundanas que se llevaban a cabo en los locales de Elijah Muhammad en Chicago, lo cual lo dejó profundamente consternado.

Por último, emprendió una serie de prolongados viajes a La Meca y los estados de África que acababan de independizarse gracias a los buenos oficios de los representantes de la Liga Árabe en Estados Unidos. En el primer viaje que efectuó a La Meca, llegó a la conclusión de que aún tenía que descubrir el islam.

Las balas asesinas acabaron con la carrera de Malcolm X antes de que pudiera formular esas nuevas ideas, las cuales en esencia reconocían que los negros formaban parte de la sociedad norteamericana, algo totalmente ajeno a la doctrina de la separación que profesaba Elijah Muhammad. Malcolm había llegado a un estadio medio en la modificación de su actitud hacia Estados Unidos y la relación entre negros y blancos.

Sus invectivas ya no se dirigían contra el país en sí, sino contra una parte de él, representada por los partidarios declarados de la supremacía blanca del Sur y los partidarios encubiertos de la supremacía blanca del Norte.

Malcolm se había propuesto modificar la orientación del movimiento negro y colocar en la mira a los partidarios de la supremacía blanca tanto del Sur como del Norte. El problema negro (del cual siempre había afirmado que debería llamarse «el problema del hombre blanco») empezaba a asumir nuevas dimensiones para él en los últimos meses de su vida.

Hasta el mismo fin, Malcolm procuró rehacer los lazos rotos entre los negros norteamericanos y la cultura africana. Comprendió que aquél era el camino que conducía a un nuevo sentido de identidad colectiva, un papel de conciencia propia en la historia y, sobre todo, a un sentido de la propia valía del negro que —para él— el hombre blanco había destruido.

El género autobiográfico de Estados Unidos rebosa de

numerosos relatos de hombres notables que ascendieron por sí solos a la cúspide. Pocos son tan conmovedores como las memorias de Malcolm. Por su condición de testimonio del valor que poseen las fuerzas de la redención y de la personalidad humana, la autobiografía de Malcolm X constituye una verdadera revelación.

Nueva York,
junio de 1965

[1] Veterano periodista asociado al *New York Times*.

MALCOLM X

Autobiografía contada por **ALEX HALEY**

*Dedico este libro a Betty,
mi amada esposa, y a nuestros hijos,
cuya comprensión y sacrificios
me han permitido realizarlo.*

La pesadilla

Cuando mi madre estaba embarazada de mí, esto me lo contó posteriormente, una noche llegó a nuestra casa de Omaha (estado de Nebraska) una partida de jinetes encapuchados del Ku Klux Klan. Rodearon la vivienda. Blandían rifles y escopetas y gritaron que saliese mi padre. Mi madre abrió la puerta de delante y se situó de modo que su estado quedara en evidencia. Les dijo que estaba sola con sus tres hijos pequeños y que mi padre se había ido a predicar a Milwaukee. Los hombres del Klan profirieron amenazas y le advirtieron que nos marchásemos de la ciudad porque «los buenos cristianos blancos» no soportarían que mi padre «fomentase la discordia» entre los negros «buenos» de Omaha con las ideas del «retorno al África» que preconizaba Marcus Garvey.

Mi padre, el reverendo Earl Little, era ministro de la Iglesia Baptista y militaba en la UNIA,[2] Asociación Universal para el Progreso del Negro, el organismo que dirigía Marcus Aurelius Garvey. Desde la sede central situada en el barrio de Harlem (Nueva York) y con la ayuda de discípulos como mi padre, Garvey levantaba el estandarte de la pureza de la raza negra y exhortaba a las masas negras a que regresaran a África, la tierra de sus antepasados. Eso había convertido a Garvey en el negro más polémico de todo el

mundo.

Sin dejar de lanzar amenazas, los hombres del Klan espolearon los caballos y comenzaron a galopar alrededor de la casa, al tiempo que rompían todos los cristales de las ventanas con las culatas de las armas. Después se perdieron en la noche, con las antorchas encendidas, con la misma rapidez con que habían aparecido.

Mi padre montó en cólera cuando regresó y se enteró de lo ocurrido. Decidió esperar a que yo naciera —lo cual sucedería pronto— y, entonces, la familia se mudaría a otro lugar. No sé por qué tomó esa decisión, pues él no era un negro miedoso como lo era entonces la mayoría y como aún lo son muchos hoy en día. Mi padre era un hombre muy alto, medía un metro noventa y seis y era muy negro. Tenía un solo ojo. Nunca supe cómo había perdido el otro. Procedía de Reynolds (estado de Georgia) y había dejado la escuela en tercero o, quizás, en cuarto año. Pensaba —igual que Marcus Garvey— que el negro nunca lograría la libertad, la independencia y la consideración en Estados Unidos, y que, en consecuencia, debía dejar ese país al hombre blanco y regresar a la tierra de origen en África. Uno de los motivos que impulsó a mi padre a consagrar la vida —con los riesgos que ello conllevaba— a diseminar dicha filosofía entre los suyos fue el hecho de haber visto morir violentamente a cuatro hermanos suyos, tres de ellos asesinados por hombres blancos y el cuarto linchado. Lo que mi padre no podía saber entonces era que de los tres hermanos restantes —inclusive él mismo— sólo tío Jim moriría en la cama, por causas naturales. En efecto, poco tiempo después, tío Oscar sería abatido por policías blancos del Norte y mi mismo padre también caería a manos del blanco.

Siempre he pensado que a mí también me tocaría morir de forma violenta y, en consecuencia, hago todo lo posible para estar preparado.

Fui el séptimo hijo de mi padre. Él ya tenía otros tres de

un matrimonio anterior, Ella, Earl y Mary, que vivían en Boston. Había conocido a mi madre en Filadelfia y allí se habían casado; también allí nació Wilfred, mi hermano mayor y verdadero. Después se mudaron a Omaha, donde vinieron al mundo Hilda y, después, Philbert.

Luego, llegó mi turno. Mi madre tenía veintiocho años cuando yo nací, el 19 de mayo de 1925, en un hospital de Omaha. Después nos mudamos a Milwaukee, donde nació Reginald. De pequeño tuvo un problema de hernia que había de marcarlo para toda la vida.

Louise, mi madre, había nacido en Granada, en las Antillas Británicas, y tenía aspecto de mujer blanca. Su padre era blanco. Tenía el pelo negro pero lacio y no hablaba como los negros. De su padre blanco lo único que sé es que se avergonzaba de él. Me acuerdo que un día dijo que se alegraba mucho de no haberlo conocido. Es debido a él, naturalmente, que yo tengo la piel más bien rojiza que negra y el cabello del mismo color. Era el más claro de todos mis hermanos. (Más tarde, en Boston y Nueva York, me convertí en uno más de esos millones de negros locos para quienes tener la piel blanca era símbolo de categoría. Pero pasando el tiempo, empecé a odiar cada gota de sangre que heredé del hombre blanco que violó a mi abuela).

Mi familia se quedó muy poco tiempo en Milwaukee, pues mi padre quería encontrar un lugar donde pudiera cultivar algo con que alimentarnos, y quizás, abrir un negocio. Marcus Garvey preconizaba que el negro se independizara del hombre blanco. La familia se mudó, no sé muy bien por qué, a Lansing (estado de Michigan). Mi padre compró una casa y enseguida, como tenía por costumbre, comenzó a predicar a diestro y siniestro en las iglesias bautistas para negros de los alrededores. Durante la semana, propagaba por todas partes la palabra de Marcus Garvey.

Había comenzado a ahorrar para comprar el negocio que siempre había querido tener, cuando, como siempre ocurre, unos negros imbéciles (los Tío Tom de costumbre) avi-

saron a los blancos que propagaba ideas revolucionarias. Esa vez fue una sociedad del lugar que predicaba el odio racial, llamada la Legión Negra, la que lo amenazó y le ordenó que se marchase. En vez de las habituales ropas de color blanco, los legionarios iban vestidos de negro. Muy pronto, dondequiera que fuera mi padre, aparecían ellos y vilipendiaban a «ese negro atrevido» que quería abrir un negocio, que no vivía en el barrio negro de Lansing y que, por ende, fomentaba discordias e incitaba a «los negros buenos» a la rebelión.

Al igual que había ocurrido en Omaha, mi madre estaba encinta, esa vez de mi hermana menor. Poco después del nacimiento de Yvonne, ocurrió aquella noche de pesadilla de 1929, el primer recuerdo vívido que poseo. Recuerdo que me desperté bruscamente por una tremenda cacofonía de disparos y gritos. Una cortina de humo y llamas me envolvía. Era mi padre quien gritaba a los dos hombres blancos que habían incendiado la casa y quien les disparaba mientras ellos huían a toda prisa. La casa ardía por todas partes. Todos corríamos, tropezábamos, caímos unos encima de los otros en busca de la salida. Mi madre, que tenía a la pequeña en brazos, logró salir al patio justo antes de que se derrumbase la casa en medio de una lluvia de chispas. Recuerdo que nos encontrábamos fuera, en plena noche, llorando y gritando con todas nuestras fuerzas. Los policías y los bomberos blancos habían acudido y permanecieron mirando la casa, que ardió hasta que no quedó nada.

Mi padre consiguió que algunos amigos nos dieran ropa y nos albergaran provisionalmente; después nos instaló en otra casa, en las cercanías de East Lansing. En aquella época, los negros no tenían derecho a entrar en la ciudad por la noche. En East Lansing se encuentra la Universidad del estado de Míchigan. Expliqué esta historia a los estudiantes cuando fui a pronunciar una conferencia en enero de 1963 y, de paso, me encontré con mi hermano Robert, a quien